

da empaña, en modo alguno, el rigor metodológico o el mérito de la monografía. Una última advertencia: si bien no se trata de un estudio teológico-litúrgico, la bibliografía podría incluir, como ayuda para el lector, monografías de ese carácter. Y además, en sucesivas ediciones, convendría corregir las erratas tipográficas en citas de autores y obras.

Como conclusión, la monografía del profesor Iñiguez posee un interés indiscutible para aquellas personas dedicadas al estudio de materias como Liturgia, Historia del Arte, Arqueología cristiana... También resulta muy aconsejable —casi imprescindible— para los profesionales de la restauración de edificios de culto, o los especialistas en arquitectura religiosa. En la citada obra se encuentran, sin duda, soluciones e ideas que ayudarán a dignificar los edificios de culto y restaurarlos o construirlos con modelos concordes y armoniosos, según épocas y estilos. No nos queda más que felicitar al autor y esperar que el tercer y último volumen de este meritorio estudio aparezca cuanto antes.

J. L. Gutiérrez-Martín

Dominique IOGNA-PRAT, Colette JEUDY, Guy LOBRICHON (eds.), *L'école carolingienne d'Auxerre. De Murethach à Remi (830-908)*, Beauchesne («Entretiens d'Auxerre 1989»), Paris 1991, 506 pp.

Un equipo de investigadores, bajo la dirección de Georges Duby, se ha propuesto una línea de investigación titulada: «Auxerre. Culture et Société. IX^e et X^e siècles». Se trata de un estudio global de esta importante sociedad monástica carolingia, para explotar de un modo sistemático e interdisciplinar el importante tesoro histórico-cultural de la abadía y la escuela de Auxerre.

La célebre abadía benedictina fue establecida en Auxerre en el siglo IX y se convirtió en abadía real con Pipino el Breve. Durante el reinado de Carlos el Calvo, que veneraba a San Germán como uno de los protectores del trono de los francos, la abadía de Auxerre fue uno de los polos principales de resurgimiento intelectual en el territorio carolingio. Su escuela mantuvo estrechos lazos con los principales intelectuales palatinos como Loup de Ferrières y Juan Escoto Eriúgena.

Este centro de estudio y meditación de los textos de la Sagrada Escritura conservó su vitalidad durante las turbulencias político sociales que siguieron al debilitamiento de los monarcas carolingios. Su opulenta colección de libros no sufrió ningún daño y así, en el momento de la expansión de Cluny, los monjes que trabajaban para el sostenimiento intelectual y espiritual de la nueva congregación, se apoyaron enormemente en las obras de los maestros de Auxerre, especialmente en las de Haimon y Heiric. Los maestros de Auxerre pertenecían al círculo de intelectuales próximos al trono, y se recurría a ellos para todo tipo de cuestiones teológicas de actualidad, en unos tiempos en los que la moral y la política estaban cuidadosamente unidas.

Georges Duby, que dirige estas investigaciones, se lamenta de la falta de interés del C.N.R.S. por la publicación de este tipo de trabajos, por no considerarlos comerciales. El objetivo de este equipo de estudiosos es reconocer lo que queda hoy de la escuela de Auxerre, buscar en las bibliotecas del mundo los manuscritos que salieron de sus talleres de escritura, identificar a quienes los compusieron y a quienes los emplearon. Al mismo tiempo, se propone el análisis de las obras en sí mismas, de los métodos de trabajo y del pensamiento de los autores (hagiografía, exégesis y teología). Por último, pretenden reconstituir la red de relaciones,

Recensiones

instituciones y poderes en cuyo seno se pro-siguieron sus trabajos, y las relaciones mate-riales, religiosas e intelectuales de la abadía y su escuela con la sociedad urbana, desde el Obispo y los canónigos de la catedral a los laicos. Se trata, por tanto, de una histo-ria global que incluye el encuadre material de la abadía benedictina y de toda su pro-ducción, desde los monumentos arquitectón-icos, hasta los manuscritos.

El volumen que ahora presentamos son las Actas de las «Séptimas Conversaciones de Auxerre», que tuvieron lugar en la abadía del 6 al 9 de septiembre de 1989. Las conversa-ciones estuvieron dedicadas a *La escuela carolin-gia de Auxerre. De Murethach a Remigio (830-908)*; se trata, por tanto del estudio de su producción literaria en la mitad del siglo XI. La parte arqueológica del trabajo se de-sarrolló en el catálogo de la exposición titu-lado *Intelectuales y artistas en la Europa carolin-gia*, que tuvo lugar, también en Auxerre de julio a octubre de 1990. Ambos trabajos, son complementarios, y presentan la realidad in-telectual y la realidad monumental respecti-vamente. Son el primer fruto publicado de es-te plan de investigación a largo plazo. Como el propio Duby afirma en el Prefacio, estas actas muestran a la vez la austeridad y la fe-cundidad, así como la necesidad de reavivar, filtrar y depurar las fuentes para una histo-ria seria de la historia y de la cultura. Esta frase resume también el espíritu de éstas in-vestigaciones: amor por el dato objetivo y de-mostrado, rechazo de toda filtración de co-nocimientos inerciales y de aluvión literario.

El volumen se compone de tres grandes partes. En primer lugar, Ives Sassier y Ja-net L. Nelson hacen un estudio del medio político y cultural en el que se desarrolló Auxerre. Describen el mundo de la reforma impulsada por Luis el Piadoso y San Benito de Aniano (pp. 21-54).

El segundo grupo de contribuciones se dedica al *Scriptorium* de San Germán, entre

el siglo IX y el año Mil. Su biblioteca fue muy dispersada durante la Edad Media y, en especial, durante las tuerras de religión. Para intentar reconstruirla se han dedicado los trabajos de Jean Vezin, Guy Lobrichon, Claude Couptry y Patricia Stirnemann (pp. 55-126).

El tercer conjunto de trabajos, que es con mucho el más voluminoso (pp. 127-500), se dedica a examinar, autor por autor, la obra de cada uno de los maestros de la escuela de Auxerre, siguiendo el orden cronológico: Murethach, fundador de la es-cuela y que destacó por sus conocimientos de gramática; Haimon, que representó un nuevo espíritu en la práctica de la exégesis con sus comentarios a los diferentes libros de la Biblia; Heiric, que es el mejor conoci-do, discípulo de Haymon (Auxerre), de Loup (Ferrières) y de Juan Scoto Eriúgena (Soissons). Recogió así las tres tradiciones: teológica, histórico-clásica y filosófica. Por último, Remigio, el más célebre de los maestros de Auxerre y quizás el peor cono-cido. Gramático como Murethach, exégeta y teólogo como Haymon y Heiric, Remigio supo desarrollar un pensamiento de fuerte originalidad, muy próximo al Eriúgena. Ci-tamos entre otros, los trabajos presentados en ésta sección por Louis Holtz, Édouard Jeauneau y Claudio Leonardi. Muy inter-sante el estudio de Colette Jeudy, que cierra el volumen, sobre las obras completas de Remigio de Auxerre. La autora presenta una breve noticia biográfica, las principa-les obras de referencia y de bibliografía ge-neral que existen sobre el autor, una lista de obras atribuidas a Remigio, y otra lista de obras posibles o rechazadas definitiva-mente.

El libro presenta una serie de reproduc-ciones y miniaturas de manuscritos, de los leccionarios, biblias y salterios de la bibliote-ca de Auxerre. Así como también unos índi-

ces de fuentes, de catálogos de manuscritos y de estudios sobre el conjunto de la Escuela.

M. Lluch-Baixauli

Erwin Iserloh, *Compendio di Storia e Teologia della Riforma* (1ª ed. alemana 1985), trad. italiana Gianni Poletti, Ed. Morcelliana, Brescia 1990, 308 pp.

El conocido historiador y profesor emérito de Historia de la Iglesia de la Facultad católica de Teología de la Universidad de Münster, especialista en temas de la Edad Moderna, plantea esta importante monografía sobre la Reforma protestante como una contribución para el mejor conocimiento de las iglesias cristianas reformistas, dentro del clima actual de las relaciones ecuménicas.

El libro aborda el tema en once capítulos que proporcionan de modo sistemático y claro el estado actual de la investigación. Lo inicia el análisis de las causas del movimiento reformista que separó de la obediencia a la Iglesia romana a un sector notable de la Europa cristiana (cap. I); sigue la exposición de las diversas corrientes reformistas a partir de Lutero (cap. II a IV), Zuinglio (cap. VI), los anabaptistas y espiritualistas (cap. VII), y el calvinismo (cap. IX); dedica dos capítulos a la elaboración de la doctrina (cap. VII: Formación de la confesión de fe en el curso de las controversias teológicas y políticas; cap. XI: Confesión y confesionalismos) y otros dos a la difusión de la reforma (cap. VIII: Fin del Imperio universal y la paz de religión de Augusta; cap. X: Europa en el signo del pluralismo confesional).

El A. se ha acercado a los reformadores con el deseo explícito de comprender su postura, y lo mantiene a lo largo del trabajo. Para ello parte de la trayectoria personal de cada uno y enlaza con su vida la configura-

ción de la confesión que encabeza. Este planteamiento es especialmente destacable en el estudio del luteranismo.

En el cap. I, tras precisar el término Reforma, con la que señala el movimiento cismático —afirma— que inició Lutero, y distinguirlo de la Reforma católica y de la Contrarreforma, analiza las causas en sentido amplio y en sentido estricto de la misma. La ruptura de la unidad de la cristiandad, unida a la ingerencia del poder político-civil en el ámbito eclesiástico, y el sentido crítico del humanismo tardo medieval son, para Iserloh, las causas remotas de la separación de la Iglesia.

En sentido estricto, señala tres causas de la Reforma: la falta de sentido religioso del Papado, los abusos en el clero y en el pueblo cristiano y, por último, la confusión doctrinal acompañada de una exteriorización de la vida religiosa. Iserloh acierta, a mi modo de ver, al afirmar que la carencia de vigor de doctrina teológica entre el clero católico del momento, está en la base del proceso reformístico luterano y, en consecuencia, sostiene con lucidez que «la caída de la moralidad es más síntoma que fuente».

Trata la personalidad multifacética y apasionada de Lutero en la que destaca la impronta de una fuerte religiosidad marcada por un concepto de la soberanía en un Dios absolutamente trascendente y lejano, que le había legado, en parte, su formación nominalista vinculada a la doctrina de Guillermo de Ockham. Esta formación le dejó también el conocido antiintelectualismo que vivió como un patético antiescolasticismo. En la síntesis biográfica que recoge, señala las interpretaciones partidísticas o parciales del reformador luterano, así como el acentuarse de sus posturas antieclesiásticas, que el A. atribuye, en cierta medida, a la falta de prudencia y comprensión en quienes recibían sus críticas.